

ACÍN, PEDAGOGO, por Evaristo Viñuales

Ya que siempre rehusaste en vida los homenajes, deja al menos que hoy seamos los tuyos meros custodios de ese trozo de inmortalidad que tus obras, tu ejemplar conducta y tu humanismo exaltado han conquistado merecidamente.

También era pedagogo Acín. Había en él madera de buen educador, y más que una promesa podía ser considerado como un valor ya logrado. Su temperamento afable, paciencioso, le hacía captarse la voluntad de los niños, igual que se ganaba la de los mayores con su don de gentes, su viril personalidad, en pie siempre en las tormentas y en la calma; tenazmente en su puesto lo mismo en la persecución que en los días de halago. Era el hombre que se sabía siempre dónde encontrarlo.

Primero educó a niños; luego a adultos. Educación de arte y enseñanzas de sociología vivida que habían llegado ya a despuntar como escuela, porque tenían el sello de captación personal, de simpatía y de rectitud que se respiraba a pulmón lleno en torno suyo. Toda su vida, variada de matices que van desde las sutilezas artísticas más selectas hasta los prosaísmos más reales de la vida de los pueblos, toda su vida es un tratado ardiente de didáctica filosófica, una lección práctica modelo que empieza en su infancia y que llega hasta su plenitud... cortada de repente por los sicarios que no habían tenido nunca para él más que gestos de adulación cuando le temían y miradas de envidia y de odio: de envidia, a su firmeza y valores positivos; de odio, a sus campañas eficientes y al proselitismo que éstas despertaban.

Su espíritu exquisito, le hacía conmoverse al más leve atisbo de injusticia y reaccionaba ante todas las felonías con el mismo coraje que si una aguja alpargatera le hubiese taladrado el pie.

Recuerdo que una vez nos detuvieron juntos cuando él se disponía a emprender un viaje de estudios, sin que causa leal ni motín alguno lo justificara. Aquel día le oí una blasfemia en la comisaría y, de no haberlo sabido, hubiese aprendido de seguro a mirar a aquellos sicarios como un hombre.

Su campo pedagógico no se encerraba solamente en las aulas, ni en su estudio, ni en sus lecciones. Era abierto a todos los vientos como su alma de artista rebelde y de idealista consagrado. Un verdadero pedagogo, que enseñaba en clase, en su casa, en el café, en la calle..., en la vida, oreada y clara como noche de luna. El maestro que tenía al discípulo íntegramente, porque le protegía en las contrariedades y le alentaba en los ratos de depresión; que no lanzaba una prédica sin que su conducta no la hubiese antes contrastado y que sabía poner tal dulzura en los reproches, que a nadie enojaba y a todos convencía. ¡Cómo se habrán cebado en él esos hijos de... Queipo de Llano! ¡Con qué saña habrán cortado aquella vida idónea y preciosa!

Sólo un delito cometió Acín: el de creer demasiado en el bien de los demás. Un altar tenía en su pecho la bondad y una mansión la verdad en su cerebro. La primera te hizo confiado y te retuvo en Huesca; la segunda te llevó ante el pelotón de ejecuciones de los camisas negras. Un sólo pecado y tu vida honrada y aleccionadora ha pagado por él la penitencia. Hasta tu muerte había de enseñarnos algo. Tu vida nos enseñó a amar todo lo estimable dignamente; tu muerte nos ha enseñado a odiar todo lo que merece odiarse.

Tu carácter y tus facultades nos faltan para seguir sembrando enseñanzas como tú. Sólo la voluntad tenemos, sólo el corazón para querer a tus amores eternos y para odiar a muerte aquello que tu espíritu de apóstol no pudo odiar.

Fuiste un hombre que naciste para amar y que has sido víctima de tu sublime gran amor.

Sólo se aprende de aquel a quien se quiere. Tú supiste hacerte querer por muchos; por eso fuiste todo un pedagogo.

E. Viñuales

LOS QUE NO MUEREN, por Francisco Pozán

A ti, Ramón, mi Maestro bueno. A ti, que con tu ejemplo señalaste la trayectoria de mi vida. Que me iniciaste en la senda de todas las rebeldías. Que en la adolescencia, en aquel velador de un café oscense, me dijiste con palabras que nunca se olvidan, que jamás me arrastrara como la oruga a lo largo de la estaca buscando medrar, Que siempre viviera al lado de la “canalla” y que sólo en la Anarquía viera la meta de mis aspiraciones. Que me indicabas que si la verdad podíamos considerarla como la cima de una montaña, al elegir la senda para ascender a ella, eligiera la recta sin temor a los obstáculos, aunque en el camino dejara jirones de mi existencia. A ti, rebelde, inconformista, iconoclasta. Que me llevaste a aquella celda de Jaca —en mi primera caída— un poco de aire de fuera y un mucho de fe. Que recorriste las cárceles, y para vergüenza de una República ingenua, compartiste conmigo aquel calabozo de la Jefatura de Huesca, con el estigma de complicado en un complot anarcofascista. Que hiciste de tu hogar, modelo de hogares. Del barro, del hierro y de los pinceles de tu estudio, obras señeras que en ocasiones levantaron protestas tumultuosas en los periódicos y pueblos feudos del clero y de los caciques. Que flagelaste con la ironía de tu verbo y de tu pluma a Instituciones y personas odiosas. Que supiste de excomuniones. Que compartiste la miseria, el frío y el hambre de todos los irredentos. Que pudiste tenerlo “todo” y no lo quisiste cambiar por un apretón de manos y por una mirada sincera de un proletario. Que recorriste países como proscrito. Que viviste la vida con toda la intensidad de un Bakunin, un Lenin o un Sócrates. Que caíste ante los fusiles de los sicarios fascistas, como los García Lorca, los Leopoldo Alas o toda esa pléyade de superhombres que se abrieron camino en el libro de la Historia. Un recuerdo, Ramón. Un saludo, Maestro. Seguro estoy de que caíste con la misma dignidad que presidió tu vida. Pudiste pasar factura de todos los vejámenes que te hicieron curas, polizontes, burgueses, banqueros y serviles, y en aquel albor de 19 de julio frenaste en Huesca los impulsos justicieros de los que te creíamos y tu respetábamos, en afán noble de que la sangre no regara nuestras calles. A ti, humanista, guión de seres libres, espejo de vidas. Un recuerdo, como acariciando el fusil te lo dedican tantos compañeros con los ojos puestos en tu Huesca y con la esperanza de vengarte y seguir la trayectoria de tu vida.

No te defraudaremos. Tus hijas, Katia y Sol, verán en cualquiera de nosotros un pedazo tuyo, y en todos aquel mundo que les narrabas minutos antes de conciliar su sueño.

No te olvidamos. Barcelona te dio una de sus calles. Nosotros, tus compañeros, tus discípulos aragoneses, te daremos una obra fruto de tu devenir por este terruño. Y algún día, pronto, en tributo de pleitesía te rendiremos el más grande de los homenajes: un pueblo libre sin amos y sin esclavos.

Salud, Maestro.

Francisco Pozán

RAMÓN ACÍN, ARTISTA, por Miguel Chueca

El inquieto Ramonet, como cariñosamente le llamaban sus paisánicos de la provincia de Huesca, era todo un artista.

Su arte era sutil, estilizado, armonioso. No perdía por ello su aire varonil y revolucionario. Su trazo era siempre original. Tenía una inteligencia aguda, penetrante, clara; sabía plasmar los cuadros de la naturaleza o de la vida con esa expresión bella, pero exenta de todo rasgo artificioso. ¡Oh, la encantadora sencillez de Acín!

Cerebro atormentado, inquieto, supo fustigar con insuperable acierto las injusticias de todos los regímenes. Forjó figuras en maderas, hojadelata, bronce, piedra y hasta de barro. A todas sus producciones les supo inyectar y animar de su gran contenido espiritual. Parecían sus figuras simples aquelarres, caprichos de nuevos pasatiempos. Para leer en ellos había que pensar en lo que esos muñecos significaban. Como si fuera hoy mismo, recuerdo de unos palitroques que pendían sobre el cuello magullado de un ahorcado. Era la visión macabra de la horca. Cuantos contemplaban aquel cuadro sentían una profunda sensación de asco y horror indescriptible.

Acín gozaba de una rica sensibilidad. Pasaba indiferente por las cosas carentes de valor y se extasiaba ante los motivos que podían fortalecer su visión futurista. El arte de Acín no se cifraba en captar lo externo para halagar las deleznable vanidades humanas: el arte de Acín hablaba al espíritu y para comprenderlo era preciso sentirse soñador, zumbón y desfacedor de entuertos.

Dos meses antes del 19 de julio me llevó Ramón a visitar el monumento que estaba haciendo en honor de Galán. Era una obra colosal. Yo me quedé perplejo. Lo que veía era muy superior a cuanto me imaginé. Galán estaba representado en una matrona simbólica. Aquel cuadro admirable era la estatua de la libertad. En presencia de aquella figura no pude expresar a Ramón mi admiración. Él comprendió mi situación y exclamó: «Yo no hice otra cosa que dar forma a la obra que Galán no pudo construir por impedírselo la monarquía y sus verdugos».

¿Qué habrá sido de esa obra donde Acín concentró todos sus desvelos de los últimos meses de su existencia?

Con toda seguridad que los bárbaros del fascio la habrán hecho trizas. Pero el recuerdo de Acín y de su obra nadie podrá borrarlo de nuestra mente. Los grandes artistas no mueren jamás.

Miguel Chueca

RECORDANDO AL MAESTRO IDEALISTA, RAMÓN ACÍN, por José Mavilla

Cada vez que pienso en este querido compañero, sacrificado como tantos otros para saciar la sed de sangre idealista que siente la fiera monstruosa fascista, viene a mi memoria una anécdota ocurrida entre los dos en cierta ocasión.

Reflexionando yo sobre la manera de lograr dar mayor consistencia, que la que tenía entonces a nuestro movimiento confederal, osé proponer a varios compañeros en el terreno particular una opinión opuesta a la general en nuestros medios, y aun a sabiendas de que la misma sería rechazada; pero en prueba de mi falta de doblez para ocultar lo que siento, con la nobleza que me caracteriza, abordé también a Acín, quien me respondió del siguiente modo:

“Compañero Mavilla, propón otra cosa si se te ocurre. También opino como tú. Nuestra máquina no marcha como es necesario, pero el arreglo que proyectas me parece inoportuno. Entiéndeme. Inoportuno no quiere decir que sea innecesario. Veo, sí, que su potencialidad es muy inferior a la que necesita para rendir lo que se le pide; que precisa de una reparación muy profunda, para acoplarla a las exigencias del momento. Escruta, busca, ingéniate para hallar otra cosa. Si me dijeras de ponernos un gorro verde o una cimitarra, te diría: probemos; pero eso me parece algo muy inoportuno, etc., etc.”...

Saco esto a referencia porque hay quien pretende hacer creer, que en Huesca fracasó el movimiento antifascista por su culpa, lo que supone una grosera mala fe. Acín nunca hizo alardes de traga niños, es verdad; su modestia, cimentada en su gran cultura, le llevaba siempre por la senda de la prudencia y el buen gusto, pero se equivocaba quien se lo imaginara un mero contemplativo de la evolución. Si no aceptó mi sugerencia fue por que veía al pueblo enfebrecido, con prisas de caminar por el atajo, aunque fuera dando tumbos y dejando jirones de carne entre los abrojos del mismo. Por eso lo creyó inoportuno.

Conozco muy bien cómo vivió este hombre, probo y sobrio como el que más, y aunque ignoro al detalle como murió, me atrevo a afirmar que con la misma entereza que pasó por la senda de la vida. Sin claudicar. Sosteniendo hasta el último momento la firmeza de sus recias convicciones, de su gran amor al derecho, a la libertad y el bienestar de toda la especie humana por igual. El temple fuerte de su corazón, inmensamente sensitivo, no pudo doblegarse ante la muerte; dejó de latir, sin duda, enviando con la fuerza de su último golpe, en forma de proyectil espiritual, su inmenso odio hacia la tiranía, hacia la perversidad y el encanallamiento de sus asesinos, cobardes y traidores. Los tres años últimos de militancia en el seno de la organización confederal, los pasé alejado de su contacto, entre rejas; sin embargo, sé que como siempre cumplió con su deber. Se le quiere imputar, hoy, que no supo ser todo lo enérgico que exigían las circunstancias al levantarse el fascismo en armas, y es preciso no silenciar estas imputaciones que «sotovoce» se hacen; conviene estudiar el hecho sobre estas dos condiciones previas: Primera. Que llegada la hora de la actuación los comprometidos para contrarrestar el levantamiento, le abandonaron en su mayor parte. Segunda. Que por su psicología e idiosincrasia exquisitamente humanista, al faltarle el concurso de muchos que le abandonaron y de otros que con su pesimismo o cobardía disimulada le anonadaron, debió temer a un fracaso y, para evitar lo que él debió suponer víctimas estériles, no se atrevió, sin duda, a cortar por lo sano.

Además de esto, téngase en cuenta que Acín, por su gran cultura e inmensa bondad, se hallaba más cerca de Tolstoi que de Bakunin; le repugnaba profundamente la violencia, el derramamiento de sangre humana, motivo que sin duda no le dejó ser lo enérgico e inflexible que debiera haberse mostrado ante la gravedad del momento y la cobardía de muchos de los que le acompañaban. El mal, para su perdición y la de cuantos con él han sucumbido en la capital oscense, en lo que a él afecta, no radicó en más causa que en ser Acín, todo espiritualidad y delicadeza sentimental, el eje alrededor del cual giró indecisamente el rayo exterminador que, empleado inflexiblemente, hubiera aniquilado al enemigo.

Podemos comparar lo ocurrido en Huesca con lo que le ocurre al director de escena: que no acierta a dar a cada artista el papel que por su temperamento y cultura le cuadra; aunque la obra sea buena el día de la puesta en escena fracasa ruidosamente; por esto fracasó el drama antifascista en Huesca, y quizá en otras partes, porque los actores, como Acín, no tenían el papel adecuado a su carácter. La casualidad, directora del horrendo drama que se ejecuta en el escenario español, fue quien por su equivocación produjo la desgracia irreparable. Era lógico que ocurriera así; el triunfo tenía que ser de quien supiera hacer mejor uso de la violencia, y Acín no sentía semejante predilección bestial.

Esto y nada más se le puede objetar y, no como reproche, sino como aclaración para deducir enseñanzas y explicar lo ocurrido.

Querido hermano espiritual en la filosofía anarquista... Hombre modesto como el que más; defensor del oprimido con todo el entusiasmo de los profundos sentimientos humanistas que poseías; fuiste demasiado humano, y por ello, no pudiste cumplir bien con el papel que la historia te confió. Que la tierra te sea leve; ten la seguridad que, aunque muerto, tu recuerdo será imperecedero entre quienes por conocerte bien te amamos profundamente, como se ama al hermano cariñoso y al maestro inteligente y afable. Reposa tranquilo, seguro que tu muerte y la de todos los mártires de la libertad, será vengada.

José Mavilla

FLORECICAS, por Miguel Chueca

Hablaste en aquel memorable acto de centralismo. Recordaste a Fernando e Isabel. “Monta tanto, tanto monta Isabel como Fernando”.

En uno de los palcos del teatro había unos señoritos que te miraban con odio; aquellos señoritos no se atrevieron a replicarte, pero se retiraron, en espera de poder vengar lo que ellos consideraron grave ofensa.

La ocasión llegó para ellos. Aquellos hijos de Isabel han sido sus ejecutores.

Cerca de Huesca hay unos campesinos. Son portadores de un fusil. Estos no hablan de Fernando e Isabel, porque no conocen historia. Pero te recuerdan a ti. Saben que los hijos de Fernando, esos señoritos de la vagancia, te mataron a ti y a otros como tú.

Y también han decidido vengarte. ¡Ah!, pero esta venganza tiene otra significación muy distinta a la empleada por tus verdugos. Es la justicia, cuya misión única no es otra que la de terminar con el régimen que crea y produce señoritos asesinos, hombres con palacios y hombres sin albergue.

M. CH.